



II

UN ALMUERZO EN LA PLAZA VENDÔME

No pasaban de una veintena los reunidos aquel mediodía en el comedor del Nabab: un comedor de roble tallado, salido la víspera del obrador de algún ebanista de lujo, quien había proporcionado al propio tiempo los cuatro salones que se divisaban seguidos por el hueco de una puerta abierta; los cielos rasos y colgaduras, los objetos de arte, las arañas, hasta la vajilla que ostentaban los aparadores, y hasta los criados que servían la mesa. Era aquel en realidad el interior improvisado, al apearse del tren, por un colosal millonario de la víspera, hambriento de goces. Aunque no hubiese en torno de la mesa el menor asomo de traje femenino, ni una punta de tela clara-

que le diese vida, no por ello el conjunto tenía nada de monótono, merced al contraste abigarrado y chillón de los comensales, suma de elementos de todas procedencias, muestrario humano al cual contribuían todas las razas del universo, toda la escala social. En primer término, el dueño de la casa, especie de coloso atezado, curtido, azafranado, con la cabeza metida en los hombros, al que daban el aspecto feroz de un kalmuco, de un salvaje fronterizo que vive de rapiñas y de guerra; su nariz corta y sorbida por los carrillos mofetudos; sus cabellos crespos que se agolpaban, como una gorra de astracán, á una frente estrecha, abultada; los matorrales de sus cejas á cuyo abrigo chispeaban unos ojos como de chacal en acecho de presa. Afortunadamente, la parte inferior del rostro, los labios belfos y caídos, que entreabría una adorable sonrisa de bondad, suavizaban, transformaban por completo, daban una expresión de San Vicente de Paul á aquella fealdad horrible, á aquella fisonomía tan especial, haciendo desaparecer su vulgaridad genuina. Y sin embargo, lo bajo de su estofa se traslucía de una manera palpable en la voz, una voz de marinero del Ródano, cascada y enronquecida, cuyo acento meridional la hacía, más que dura, grosera, y en dos manos tan anchas como largas, que, estampadas en la blancura de los manteles, hablaban de su pasado con elocuencia abrumadora. Al lado opuesto de la mesa, á la cual no faltaba un solo día, se sentaba el marqués de Monpavón, pero un Monpavón que no se parecía en nada al derrengado espectro que antes hemos visto, un hombre soberbio y sin edad, nariz prominente que rebosaba alteza, porte señorial, ostentando un ancho peto de immaculado hilo que crujía á los continuos esfuerzos del pecho para combarse, y se hinchaba cada vez con el ruido de gallo blanco que se engrifa ó de pavo real que despliega el abanico de su cola. Su nombre de Monpavón le sentaba á las mil maravillas.

De ilustre alcurnia, emparentado con todo lo mejor, pero arruinado por el juego y las especulaciones, la amistad del duque de Mora le había valido una recaudación de contribuciones de primera clase. Por desgracia su salud no le había permitido seguir al frente de tan im-

portante destino—los mejor informados decían que su salud nada tenía que ver en ello,—y hacía un año que estaba en París aguardando, según decía, á que su restablecimiento le consintiese reencargarse del empleo. Añadían también los maliciosos que no volvería á ocuparlo, y aun que, á no ser por altas protecciones... Por lo demás, era el personaje importante del almuerzo; se veía en el modo de servirle los criados, de consultarle el Nabab llamándole «Señor Marqués», á estilo de comedia, más que por deferencia por orgullo, por la honra que le reportaba. Lleno de desdén para con la gente que tenía á su lado, el señor marqués hablaba poco y por todo lo alto, como si se dignase descender hasta los que favorecía con su conversación. De vez en cuando asestaba al Nabab algunas frases enigmáticas para todos:

—Ayer vi al duque... Me habló mucho de vos con ocasión del asunto... Ya sabéis, de aquello... ¿Estáis?

—¿Cierto?... ¿os habló de mí?

Y el bueno del Nabab, pavoneándose, miraba á su alrededor meneando la cabeza de un modo asaz ridículo.

—Su Excelencia os vería entrar... ps... ps... ps... en el asunto, con sumo placer.

—¿Os lo dijo así?

—Preguntádselo al gobernador... él lo oyó.

El que llamaba el gobernador, Paganetti por su verdadero nombre, era un sujeto de baja estatura, expresivo y manoteador, que cansaba la vista al mirarlo: tal era la variedad de aspectos que tomaba su rostro en un minuto. Regentaba la *Caja territorial* de Córcega, vasta empresa financiera, y venía á aquella casa por primera vez, presentado por Monpavón. Á la izquierda del Nabab había un anciano, de levitón abrochado hasta la barba y con alzacuello á guisa de túnica oriental, llena la faz por un sin fin de pequeñas escaras, bigote blanco á lo militar. Era Brahim-Bey, el coronel más bizarro de la regencia de Túnez, edecán del difunto Bey que había hecho la fortuna de Jansoulet. Las hazañas gloriosas de aquel paladín se adivinaban en sus arrugas y manchas crapulosas, en su labio inferior flojo y sin resorte, en sus ojos sin pestañas, escaldados y rojizos. Uno de esos tipos que

figuran en el banquillo de los acusados en los procesos á puerta cerrada. Los demás convidados se habían repartido sin orden, conforme iban llegando, puesto que la casa estaba abierta á todo el mundo, y cada mañana se ponían treinta cubiertos en la mesa.

Allí estaba también el empresario del teatro de que era comanditario el Nabab, un tal Cardailhac, conocido por sus gracias casi tanto como por sus quiebras, trinchador de primera fuerza que mientras separaba los trozos de una perdiz aderezaba un chiste, y lo servía luego con un alón en el plato que le ponían delante. Más que improvisador era un cincelador, y el nuevo sistema de servir las viandas, á la rusa y ya trinchadas, había sido funesto para él, como que le quitaba todo pretexto para un silencio preparatorio. De ahí la voz general de que estaba en decadencia. Por lo demás, parisiense de raza, dandí por sus cuatro costados, y, como decía él con vanagloria, «bien curado de sustos», lo cual le permitía dar detalles asaz picantes con respecto á las mujeres de su teatro á Brahim-Bey, quien le estaba escuchando como se hojea un libro licencioso, y departir al propio tiempo sobre teología con el reverendo que ocupaba el asiento vecino, un cura de algún villorrio meridional, de pocas carnes y rostro quemado del color de su sotana, pómulos encendidos, nariz puntiaguda, nada escaso de ambición, y que decía á Cardailhac en voz muy alta y en tono de protección, de autoridad sacerdotal:

—Estamos muy satisfechos de Mr. Guizot... va por buen camino, muy bueno... es una conquista para la Iglesia.

Al lado de ese pontífice de alzacuello lustroso, el viejo Schwalbach, el famoso mercader de cuadros, lucía su barba de profeta que amarilleaba á trechos como vellón sucio, sus tres paletós de color de ala de mosca, su porte desgarrado y negligente que se le perdonaba en nombre del arte y porque era de buen tono el tener en casa, á la sazón en que la manía de las colecciones ponía tanto millón en movimiento, al hombre más en moda para esas transacciones vanidosas. Schwalbach no chistaba, contentándose con sonreír para su capote ante las singulares combinaciones á que daba lugar aquella mesa única

en el mundo. Así resultaba que al lado mismo del señor de Monpavón—y era de ver cómo arqueaba la desdeñosa curva de su nariz cada vez que volvía los ojos á aquel lado—se veía al cantante Garrigou, un paisano de Jansoulet, ventrílocuo distinguido, que cantaba el Figaro en el dialecto del Mediodía y no tenía rival en punto á imitar la voz de los animales. Algo más allá, Cabassu, paisano también, un hombrecillo bajo y gordiflón, con cuello de toro y biceps á lo Miguel Angel, que tenía á un tiempo algo del barbero marsellés y del Hércules de barracón, frotador (1), pedicuro, manicuro con ribetes de dentista, ponía entrambos codos en la mesa con el aplomo de un curandero que visita á primera hora y que conoce las dolencias menudas, las miserias íntimas del hogar á que concurre. Cerraba esa lista de los subalternos que á lo menos se distinguían por alguna especialidad, Bompain, el secretario, el intendente, el hombre de confianza, por cuyas manos pasaban los asuntos todos de la casa: y bastaba ver la actitud solemnemente embrutecida, el aire alelado, el fez turco calado torpemente en aquella cabeza de dómine, para comprender á qué clase de sujeto habían ido á parar unos intereses como los del Nabab.

Finalmente, y para llenar los huecos que dejaban estas figuras que acaban de bosquejarse, la Morería en peso: tunecinos, marroquíes, egipcios, levantinos; y confundida con este elemento exótico, toda una bohemia parisiense y multicolor de títulos tronados, de industriales maleantes, de periodistas exhaustos, de inventores de específicos maravillosos, de gente del Mediodía que había echado anclas en París sin un céntimo, en una palabra, de cuanto buque vagaba perdido por el mar sin provisiones, de cuanta ave aleteaba por el aire obscuro, y que, como por la luz de un faro, acudían atraídos por aquella colosal fortuna. El Nabab admitía á su mesa á toda aquella baraúnda por bondad, por generosidad, por poquedad de carácter, por sus costumbres de manga ancha unidas á

(1) *Masseur* dice el original. A falta de palabra técnica, que no conocemos, empleamos *frotador* y por *masser*, *frotar*, á título de equivalente aproximado. *Masser*, que acaso podría traducirse también por *sobar* y aun por *amasar*, es pasar la mano por el cuerpo, como amasando la carne, durante el baño.

su ignorancia absoluta, por un resto de esas nostalgias de desterrado, de esa sed de expansión que allá lejos, en Túnez, en su espléndido palacio del Bardo, le llevaba á dar acogida á todo bicho viviente, con tal que viniese de Francia, desde el industrialillo que exporta artículos de París hasta el pianista que pasea su fama.

Al oír tanto acento diverso; tanta entonación extranjera atropellada ó tartajosa; al considerar aquellas fisonomías tan distintas,—violentas, bárbaras, vulgares las unas,—las de más allá extracivilizadas, marchitas, completamente bulevarescas, algo como frutas á medio pudrir; al observar en la servidumbre idéntica variedad que en la concurrencia, alquilones salidos el día antes de alguna agencia, que con aire insolente é irguiendo sus cabezas de dentista ó de mozo de baños se codeaban en su atareado ir y venir con etíopes inmóviles y relucientes como portahachones de mármol negro, era imposible darse cuenta exacta de cuál era aquel sitio, y lo último que se le había de ocurrir á uno era que se encontrase en la plaza Vendôme, en el centro de vida, en pleno riñón de nuestro París moderno. En la mesa, idéntica internacional de manjares exóticos, salsas de azafrán ó de anchoas, especias complicadas en golosinas turcas, pollos en almendra frita; todo esto, unido al adocenamiento del interior, á los dorados del maderaje, al repiqueteo chillón de las campanillas nuevas, producía la impresión de la mesa redonda de alguna gran fonda de Esmirna ó Calcuta, ó del suntuoso comedor de algún paquebot transatlántico.

Parecía natural que semejante diversidad de convidados—iba á decir de pasajeros—hiciese del convite un convite animado y bullicioso. Nada de ello. Comían todos nerviosa y silenciosamente, observándose de soslayo, y aun los de más sociedad, los que parecían estar más á sus anchas, tenían en la mirada el extravío y el azoramiento de la idea fija, una calentura ansiosa que les hacía hablar sin responder, escuchar sin entender una palabra de lo que se decía.

De pronto se abrió la puerta del comedor.

—¡Ah! aquí está Jenkins: dijo el Nabab alborozado...
Hola, hola, doctor... ¿Qué tal, compañero?

Una sonrisa en redondo, un fuerte apretón de mano al anfitrión, y Jenkins tomó asiento frente á él, al lado de Monpavón, delante del cubierto que un criado acababa de traer sin previa orden como en una fonda. Á lo menos, en medio de tanto rostro preocupado y calenturiento formaba contraste el del galeno por su buen humor y su expansibilidad, por esa benevolencia gárrula y cumplimentera que hace de los irlandeses algo como los gascones de Inglaterra. ¡Y qué apetito tan atroz! ¡con qué brío, con cuánta libertad de conciencia hacía maniobrar, entre palabra y palabra, su doble hilera de dientes!

—¡Y bien! Jansoulet, ya lo habréis leído...

—¿Qué?

—¡Toma! ¿pues no lo sabéis?... ¿No habéis leído lo que dice de vos *El Mensajero* de esta mañana?

Por debajo de la atezada costra de sus mejillas el Nabab se ruborizó como un niño, y, con los ojos encandilados de gusto,

—¿Cómo! ¿es cierto?... *El Mensajero* habla de mí?

—Y nada menos que dos columnas... ¿Cómo no os lo ha enseñado Moessard?

—¡Oh!, dijo Moessard modestamente; no valía la pena.

Era este Moessard un periodistillo almibarado y pelirrubio, asaz buen mozo, pero en cuyo rostro se pintaba esa marchitez peculiar de los mozos de restaurant de noche, de los cómicos y de las hembras de vida airada, mezcolanza de visajes de convención y del reflejo desvaído del gas. Pasaba por ser el querido asalariado de una reina sin trono y muy liviana. Tal se susurraba en torno suyo, lo cual le valía entre los de su grey una consideración envidiada y nada despreciable.

Jansoulet se empeñó en que se leyera el artículo, ávido de saber lo que de él se decía. Por desgracia Jenkins había dejado su ejemplar en casa del duque.

—Que vayan al momento á buscar un *Mensajero*: dijo el Nabab al criado que tenía detrás.

Moessard se interpuso.

—No hay necesidad, creo que he de traer aquí esos cuatro renglones.

Y con la limpieza de manos del gacetillero de oficio

acostumbrado á borrar sus apuntes entre sorbo y sorbo, sacó el periodista una cartera atiborrada de notas, tarjetas, recortes de periódico, billetes satinados con escudos nobiliarios, que desparramó por encima de la mesa, retirando el plato para buscar las pruebas de su artículo.

—Ahí está...

Se las iba dar á Jansoulet, pero Jenkins exclamó:

—No, no... leedlo en voz alta.

Los circunstantes hicieron coro, y Moessard, recogiendo sus papeles, comenzó á leer en alta voz la *Obra de Bethleem y M. Bernard Jansoulet*, prolijo ditirambo en loor de la lactancia artificial, escrito según notas de Jenkins, conforme claramente lo manifestaban una serie de frases de relumbrón de la cosecha del doctor... el largo martirologio de la infancia... el mercenariado del seno... la cabra bienhechora y lactífera... y terminando, tras una pomposa descripción del espléndido establecimiento de Nanterre, con el elogio de Jenkins y la apoteosis de Jansoulet: «¡Oh, Bernardo Jansoulet, bienhechor de la infancía!...»

Era de ver la cara escandalizada, indignada, que ponían los comensales. ¡Vaya un intrigante ese Moessard! ¡Cuánto cinismo, cuánta bajeza!... Y una sonrisa de envidia, de desdén, torcía por igual todas las bocas. Lo peor de todo era que no había más recurso que aplaudir y hacer el satisfecho, toda vez que el dueño de la casa tomaba por el lado serio tanto el artículo como los bravos que excitaba. Durante la lectura, su ancha cara estaba radiante de júbilo. Más de una vez, allá abajo, allá lejos, había soñado con llegar un día á ser cantado de esa suerte por los periódicos, á ser alguien en esta sociedad, la primera de todas las sociedades, en la cual, como en un foco de luz, tiene puestos los ojos el mundo entero. Y he aquí que el sueño tomaba cuerpo. Fijaba la vista en sus convidados, en las sobras opíparas del festín; consideraba aquel comedor artesonado que competía en altura con la iglesia de su pueblo; paraba oídos al sordo rumor del París corriente y andante que al pie de sus balcones desfilaba, con la íntima persuasión de que iba á ser una de las grandes ruedas de aquel activo y complicado mecanismo. Y entonces, por un efecto de contraste, en la

beatitud de su digestión, al través de las líneas de aquella triunfante apología, veía desplegarse su existencia, su infancia miserable, su juventud aventurera y no menos triste, los días sin pan, las noches sin asilo. Luego, de pronto, terminada la lectura, en una de esas explosiones de júbilo que hacen pensar en alta voz, largando á sus convidados una de sus francas y belfas sonrisas,

—¡Ah! amigos míos, exclamó, amigos queridos, si supiérais cuán feliz soy, cuán orgulloso me siento!

Haría unas seis semanas que estaba en París. Fuera de dos ó tres compatriotas, apenas conocía más que de la víspera, y por haberles prestado dinero, á los que llamaba amigos suyos. Pero Jansoulet, hartó conmovido para reparar en cosa alguna, prosiguió:

—Recuerdo la barraca paterna! Porque yo nací en una verdadera barraca... Mi padre vendía hierro viejo al pie de un guardacantón, en el Bourg-Saint-Andéol. Á duras penas si teníamos pan que comer los días ordinarios, y un mal guisote los domingos. Que lo diga Cabassu. Él me conoce desde entonces. Él me guardará de mentir... ¡Oh! sí, ¡me he dado cada atracón de miseria!—Y ¡levantaba la cabeza con orgullo, husmeando el sabor á trufas de que estaba saturada la densa atmósfera del comedor.

—Sí, atracones y de los buenos, y no por dos ni por tres días. He tenido frío, he tenido hambre, pero no esa hambre de mentirijillas, sino la otra, aquella que roe, que retortija las entrañas, que hace bailar la cabeza, que hace perder el mundo de vista como si os vaciásen la cuenca de los ojos con un cuchillo para comer ostras. He pasado días enteros en la cama por no tener un mal abrigo en qué envolverme; eso cuando tenía cama, ¡que no era siempre. He mendigado el pan á todos los oficios; y ese pan me costó tantos sudores, era tan negro, tan duro, que todavía siento en el paladar su dejo amargo é instpido. Y así hasta los treinta. Sí, amigos míos; á los treinta años —aún no he cumplido cincuenta—yo era un miserable pordiosero, sin un ochavo, sin asomos de él, y con el remordimiento de una pobre madre viuda que perecía de hambre allá en un rincón, y á la cual no me era dado socorrer.

Lo chocante era la cara que ponían los oyentes de aquella lastimera historia retrospectiva. Algunos parecía como que estuviesen algo picados, en particular Monpavón. Aquella exhibición de andrajos era, en su concepto, del peor gusto, una imperdonable falta de buen tono. Cardailhac, poco aficionado á situaciones patéticas, con la mirada fija y como alelado, se entretenía en rajar una fruta con la punta de su cuchillo á rebanadas del grueso de un papel de fumar. En cambio el gobernador se deshacía en gestos de supina admiración, en extremos de asombro, de lástima, al paso que á poca distancia de él, por un singular contraste, Brahim-Bey, el rayo de la guerra, en quien aquella lectura seguida de conferencia después de un almuerzo copioso había determinado un sueño reparador, dormía con la boca abierta en redondo cabe sus blancos bigotazos, la cara congestionada por el alzacuello que se le subía á las barbas. Pero la expresión general era de indiferencia, de aburrimiento. Porque, vamos á cuentas: ¿qué les había de importar á todos ellos de la infancia de Jansoulet, de si había sufrido tanto ó cuanto, ni de toda la suma de sus apuros? No estaban allí para oír semejantes jeremiadas. Así, la atención fingida de los unos, las miradas de los que contaban las molduras del artesanado ó las migajas del pan, los visajes de los de más allá para contener el inminente bostezo, acusaban la impaciencia general que producía aquella historia intempestiva. Pero Jansoulet dale que dale. Complaciase en la relación de sus desdichas pasadas, como el marino en tierra recuerda sus viajes al través de los mares remotos, y sus peligros, los grandes naufragios. Seguía al momento la historia de su buena suerte, del prodigioso azar que le había puesto de golpe en camino de la fortuna. «Andaba perdido por el puerto de Marsella, con un camarada tan piojoso como yo, que luego se ha enriquecido, como yo, al lado del Bey, y que después de haber sido mi compañero de fatigas y de glorias se ha vuelto mi más mortal enemigo. ¡Qué demontre! ¿á qué callaros su nombre? Harto le conocéis... Hemerlingue... Sí, señores; el jefe de la gran casa de banca Hemerlingue é Hijo no tenía en aquella sazón ni dos cuartos para pagar un trago

de peleón allá en el muelle... Se nos ocurrió la idea de partir, de ir á buscarnos la vida en algún país de sol, ya que los nebulosos nos eran tan duros... ¿Pero á dónde? Hicimos lo que hacen á veces los marineros para saber á qué figón irán á comerse su soldada. Se pega un pedazo de papel al borde del sombrero. Se hace dar vueltas á éste con un bastón; cuando para se toma el punto... Á nosotros la aguja de papel nos señalaba Túnez... Ocho días después desembarcaba en Túnez con medio luís en el bolsillo, y hoy vuelvo de allí con veinticinco millones...»

Hubo como una sacudida eléctrica, una chispa en todos los ojos, hasta en los de los criados. Cardailhac dijo: «¡Chambal! La nariz de Monpavón se humanizó.

—Sí, hijos míos; veinticinco millones contantes y sonantes, sin contar lo que queda en Túnez, mis dos palacios del Bardo, mis buques en el puerto de la Goleta, mis diamantes, mis piedras preciosas, que indudablemente valen más del doble. Y ya lo sabéis, añadió con su sonrisa bonachona y su voz cascada y acanallada: cuando se haya acabado habrá todavía.

Toda la mesa se puso en pie como galvanizada.

—Bravo...Bravo.

—Soberbio.

—Precioso... precioso.

—Eso es el Mesías.

—Un hombre así tendría que estar en la Cámara.

—Pues irá, *per Bacco*, respondo de ello, dijo el gobernador con voz de trueno: y en un arrebató de admiración, no sabiendo de qué manera demostrar su entusiasmo, cogió la gruesa mano velluda del Nabab y la llevó á los labios por un impulso irreflexivo. Para expresivos los de su tierra... Todos estaban en pie: ya nadie se sentó.

Jansoulet, radiante, se había levantado como todos, y, tirando la servilleta, dijo:

—Vamos á tomar el café...

Al punto un tumulto regocijado cundió por los salones, vastas piezas en que el oro era á un tiempo la luz, el decorado y la suntuosidad. Caía del techo en rayos deslumbrantes, rezumaba por las paredes en filetes, travesaños, encuadramientos de todas clases. Cuando se apartaba un

mueble ó se abría una ventana, se pegaba á las manos: y los mismos cortinajes conservaban en sus pliegues verticales la rigidez, el centelleo del metal. Pero nada de personal, de íntimo, de rebuscado. El lujo uniforme de la habitación de alquiler. Y lo que contribuía á esa impresión de campamento, de instalación provisional, era la idea de viaje que se cernía sobre aquella fortuna de remotas fuentes, como una duda ó como una amenaza.

Servido el café á la oriental, con todo el aparato de rigor, en tacitas aflagradas de plata, los convidados todos se agruparon en derredor, bebiendo apresuradamente, escaldándose, acechándose el uno al otro, espiondo sobre todo al Nabab y el momento propicio para echársele encima, llevárselo á algún rincón de aquellas inmensas piezas y negociar por fin su correspondiente préstamo. Porque esto era lo que estaban esperando dos horas hacia, tal el objeto de su visita y la idea fija que durante el almuerzo les daba aquel aspecto azorado y fingidamente atento. Llevados todos de la mira de arrancar una vedija de ese vellocino de oro que por sí mismo tan espontáneamente se les viene á la mano, ni hablan, ni escuchan, atento cada cual á su negocio.

Jenkins, el inmejorable Jenkins, rompe la marcha. Se lleva á su amigo Jansoulet junto al alféizar de una ventana y le detalla el presupuesto de la casa de Nanterre. ¡Una bonita ganga! Ciento cincuenta mil francos de compra, gastos considerables de instalación, el personal, las cunas, las cabras nodrizas, el carruaje para el director, los ómnibus para ir á buscar á los niños á cada tren... ¡Ya es dinero!... ¡Pero qué bien van á estar! ¡pobres inocentes! ¡qué servicio prestado á París, á la humanidad! El gobierno no podrá menos de recompensar con su cinta encarnada correspondiente acto de filantropía tan desinteresado. «La cruz, el 15 de Agosto...» Mediante este mágico conjuro, Jenkins alcanzará cuanto quiere. Con su voz alegre y estropajosa, que parecía como si estuviese siempre bocinando una lancha perdida entre la niebla, el Nabab grita: «Bompain.» El sujeto del fez, arrancándose á la bodega de los licores, atraviesa el salón majestuosamente, cuchichea, se va, y vuelve con un tintero y un cuaderno ta-

lonario cuyas hojas se rasgan, se sueltan por sí mismas. ¡Qué cosa es la riqueza! Firmar encima de la rodilla un talón de doscientos mil francos, no le cuesta á Jansoulet más de lo que le costaría sacar un duro del bolsillo.

Furiosos, la nariz metida en su taza, los demás atisban de lejos aquel curioso episodio. Así que Jenkins se va, ri-sueño, contoneándose, saludando con una inclinación de cabeza á los diversos grupos, Monpavón agarra al gobernador: «Paso de ataque.» Y arremetiendo ambos contra el Nabab se le llevan á un diván, le hacen sentar á la fuerza, y le amarran entre los dos con una sonrisita maligna como si dijese: «¿Qué le haremos?» Sacarle dinero, todo el dinero posible. Hace falta para poner á flote la *Caja territorial* encallada hace una porción de años, hundida hasta los topes... Soberbia operación la de desencallarla, si hay que creer á los dos caballeros, puesto que la caja sumergida está repleta de lingotes, de substancias preciosas, de los infinitos y variados tesoros de una comarca virgen de que habla todo el mundo y que nadie conoce. Al fundar este establecimiento sin rival, Paganetti de Porto-Vecchio se ha propuesto monopolizar la explotación de la Córcega entera: minas de hierro, de azufre, de cobre; canteras de mármol; criaderos de coral, de ostras, aguas ferruginosas, sulfurosas; bosques inmensos de tuyas, de alcornoques, sin que se requiera para facilitar la explotación más que una red de ferrocarriles al través de la isla, y un servicio de buques de transporte. Tal es la empresa gigantesca á la cual se ha uncido. Hoy por hoy lleva enterrados en ella capitales considerables, y el llegado últimamente, el obrero del postrer minuto, será el que obtendrá más pingüe beneficio.

Mientras con su acento italiano y dislocada gesticulación el corso detalla los esplendores del negocio, Monpavón, altanero y digno, mueve la cabeza en señal de aprobación, y de vez en cuando pronuncia el nombre del duque Mora, de efecto seguro en el Nabab.

—Vamos á ver, ¿cuánto se necesitaría?

—Millones, dice Monpavón enfáticamente, en el tono de quien no se apura por tal bicoca. Sí, millones. Pero el negocio es magnífico. Y, como decía Su Excelencia, sería

para un capitalista un medio de crearse una alta posición, hasta una posición política. Se trata precisamente de un país exhausto de dinero. Nada más fácil que hacerse nombrar consejero general, diputado...

El Nabab se estremece... Y el listo Paganetti, que siente agitarse el cebo en el anzuelo, añade:

—Sí, diputado seréis así que se me antoje... Á una señal mía es vuestra, como un solo hombre, toda la Córcega.

Y suelta el trapo á una improvisación abrumadora, contando los votos de que dispone, los distritos que sólo aguardan á que él les dé la consigna.

—Vos me aportáis vuestros capitales... Yo os doy un pueblo entero. Victoria en toda la línea.

—¡Bompain!... gritaba el Nabab entusiasmado:

Ya no teme más que una cosa, y es que el negocio se le escape, y para comprometer á Paganetti, quien no ha disimulado sus apuros pecuniarios, se apresura á ingresar un primer dividendo en la *Caja territorial*.

Nueva aparición del fulano del casquete rojo con el libro talonario que oprime contra su pecho con la gravedad del monaguillo que cambia de lado el misal.

Nueva subscripción por Jansoulet de una de sus hojas, que el director embolsa con aire negligente, y que opera en su persona una súbita metamorfosis. El Paganetti de un momento antes, tan humilde, tan rendido, se aleja con el aplomo de quien lleva un contrapeso de cuatrocientos mil francos, mientras Monpavón, más tieso aún de lo que acostumbra, sigue sus pasos y le empolla con solicitud más que paternal.

—Buen golpe, dice para sí el Nabab; á ver si podré tomar mi café.

Pero una sarta de pedigüños le sale al paso. El más listo, el más diestro es Cardailhac el empresario, quien le echa el guante y se le lleva aparte á un ángulo del salón.

—Echemos un párrafo, querido. Es menester que conozcáis el estado de nuestro teatro.

Muy crítico ha de ser, porque ahí viene otra vez Bompain, y otra vez saltan del libro consabido las hojas de papel azul... ¿Á quién toca ahora? Ahí está el periodista Moessard que viene á hacerse pagar el artículo del

Mensajero; ya sabrá el Nabab cuán caro le cuesta el que los periódicos de la mañana le llamen «Bienhechor de la humanidad.» Ahí está el párroco de aldea que pide fondos para reconstruir su iglesia, y toma por asalto los abonares con la brutalidad de un Pedro el Ermitaño. Ahí está el viejo Schwalbach, hundida en la barba la nariz, guiñando el ojo con aire misterioso.

—Psit... Una ganga para la galería, un *Hobbema* de la colección del duque de Mora. Pero son muchos los que le van detrás. Costará un poco.

—Cueste lo que cueste; responde el Nabab mordiendo el cebo... Ya lo sabéis, Schwalbach. Quiero el *Nobbema*... Veinte mil francos de propina si lo pescáis.

—Haré todo lo posible, señor de Jansoulet.

Y el bribonazo se va, calculando que los veinte mil del Nabab, con los diez mil que el duque le ha prometido si le libra de tal adefesio, harán una bonita ganga.

Mientras van desfilando esos afortunados los demás aguardan turno, furiosos de impaciencia, royéndose las uñas hasta la raíz. Desde Jenkins que ha abierto la marcha, hasta el frotador Cabassu que la cierra, uno tras otro van llevándose al Nabab á un ángulo reservado del salón. Pero por lejos que se le lleven, nunca falta algún espejo que se encargue de reflejar la silueta del dueño de la casa y la mímica de sus anchas espaldas. ¡Cuán elocuentes son! A veces se yerguen indignadas:

—¡Oh! no; es demasiado.

Ó ya se rinden con cómica resignación:

—Vamos, si no hay otro remedio...

Y siempre el fez de Bompain por algún rincón...

Cuando aquéllos han terminado, todavía llegan otros: Es un continuo ir y venir al través de aquellos regios salones; un ruido de puertas, una no interrumpida corriente de explotación desvergonzada y banal que desemboca allí desde los cuatro puntos cardinales de París y de sus cercanías, atraída por aquella colosal fortuna y aquella increíble facilidad.

Para las pequeñas dádivas, para esa distribución permanente no se echaba mano del libro talonario. Para ello el Nabab conservaba en uno de sus salones una cómoda de

caoba, tosco mueblecillo, el primero que había comprado Jansoulet así que había podido renunciar á la vida de pupilaje, que había conservado siempre como un fetiche de jugador, y cuyos tres cajones contenían constantemente doscientos mil francos en piezas menudas. Aquel era el manantial perenne á que acudía los días de gran audiencia, empleando cierta ostentación en revolver brutalmente á manos llenas el oro y la plata, hundirlos en el fondo de sus bolsillos para sacarlos de allí con gesto de mercader de bueyes y un aire acanallado de apartar los faldones de su levitón y meter la mano en la pila. Hoy los cajones de la arquilla habrán sufrido un tremendo bajón...

Tras de tanto misterioso cuchicheo, de peticiones más ó menos desembozadas, de entradas fortuitas, de salidas triunfales, despedido el último cliente, cerrada con llave la cómoda, la habitación de la plaza Vendôme se vaciaba por fin á la dudosa luz de ese final de los días de noviembre que las luces se encargan luego de alargar indefinidamente. Los criados retiran el café, el rakí, se llevan las cajas de tabacos semivacias, y el Nabab, creyéndose solo da un suspiro de satisfacción.

—Uf, por fin...

Pero ¡quí! Frente á él alguien se despega de un rincón ya obscuro y se le acerca con una carta en la mano.

—¿Todavía no?

Y al punto, maquinalmente, el infeliz hizo su expresiva mueca de chalán. Á su vez, como instintivamente también, el recién venido hizo un movimiento de retroceso tan rápido, tan ofendido, que el Nabab conoció que se equivocaba y fijó la vista en el joven que estaba en pie delante de él, sencilla pero correctamente vestido, de rostro pálido, sin pelo de barba, facciones regulares, tal vez demasiado serias y hurañas para su edad, lo cual, junto con sus cabellos de un rubio claro, ensortijados en pequeños rizos como peluca empolvada, le daba el aspecto de un diputado joven del brazo popular en tiempo de Luis XVI, la frente de un Barnave á los veinte años. Aunque el Nabab la vefa por vez primera, aquella fisonomía no le era desconocida del todo.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

Tomando la carta que el joven le presentaba, se acercó á una ventana para leerla.

—¡Toma!.. es de mamá!..

Y lo dijo con aire tan alegre, esa palabra de mamá iluminó su rostro con una sonrisa tan joven, tan buena, que el visitante, repelido en el primer momento por el aspecto vulgar del advenedizo, se sintió lleno de simpatía por él.

El Nabab leía á media voz aquellas pocas líneas de gruesos trazos incorrectos y mal seguros que contrastaban con el lujoso papel satinado y con el membrete:

«*Quinta de Saint Románs* —Mi querido hijo: el portador de esta carta es el hijo mayor de M. de Géry, el antiguo juez de paz de Bourg-Saint-Andéol, que tan bueno ha sido para nosotros...»

El Nabab se detuvo:

—Hubiera debido reconocer, Sr. de Géry... Os parecéis á vuestro padre... Servíros tomar asiento.

Y acabó de recorrer la carta. Su madre no le pedía cosa alguna concreta; pero invocando los favores que le había hecho en otro tiempo la familia Géry, le recomendaba su hijo Pablo. Huérfano, con la carga de dos hermanos menores, se había graduado de abogado en el Mediodía y venía á París á hacer fortuna. La anciana suplicaba á Jansoulet que le ayudase, porque «el pobre lo necesitaba en gran manera»; y firmaba: «Tu madre que se muere por verte, Francisca.»

Esa carta de su madre á quien hacía seis años que no había visto; esas expresiones meridionales que le recordaban entonaciones conocidas; ese grosero carácter de letra que dibujaba para él un rostro adorado lleno de arrugas y de hoyos, de requemado cutis, pero sonriendo bajo su cofia de aldeana, le habían enternecido.

En las seis semanas que llevaba de residencia en Francia, perdido en el torbellino de París, de su instalación, no había pensado en su adorada viejecita, que en aquel instante se le aparecía en aquellas líneas, y la carta temblaba entre sus gruesos dedos...

Luego, vencida la emoción, añadió:

—Señor de Géry, doy gracias á Dios por haberme dado ocasión de devolveros parte de los favores que vuestra

familia ha hecho á la mía. Desde hoy, si no tenéis inconveniente, os quedaréis conmigo... Sois instruido, parecéis inteligente, y podéis prestarme grandes servicios... Tengo un sin fin de proyectos, de negocios. Me meten en una porción de empresas industriales de gran importancia... Necesito alguien que me ayude, que me sustituya en caso de necesidad... Verdad es que tengo ya un secretario, un intendente, á quien aprecio mucho: Bompain; pero el pobre no conoce nada de París y está desde su llegada como aturdido... Me objetaréis que también vos acabáis de llegar... Pero no le hace. Con vuestros conocimientos, meridional y avisado, no cuesta gran cosa coger el intríngulis de esta tierra... Además yo os daré unas cuantas lecciones. En un par de semanas, os respondo de ello, vais á tener todo eso al dedillo tan bien como yo.

¡Desventurado! Daba lástima oírle hablar de su ciencia y experiencia, á él que no había de salir del primer paso.

—Entendidos; ¿no es eso?... Me haréis de secretario... Tendréis un sueldo fijo, y queda á mi cargo el proporcionarnos ocasión de hacer rápidamente fortuna...

Y como de Géry, arrancado de súbito á todas sus incertidumbres, no resollaba por temor de despertar,

—Ahora, le dijo el Nabab en tono cariñoso, sentaos á mi lado, y hablemos un poco de mamá.

